



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### AÑO 2.º—NÚMERO 31.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### SUMARIO.

La curiosidad, por Doña Ángela Grassi.—Una herencia de llanto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—A los individuos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, poesía por id.—Solo un Dios y solo un culto, por id.

### LA CURIOSIDAD.

Era el anochecer de una tarde de Abril, cuando divisamos á lo lejos el alto cerro de Poyales. Poníase el sol, y los dorados celajes flotaban por el ambiente, destacándose sobre el puro azul del cielo. Bello es el primer rayo de la aurora, bello es ver despertarse por grados á la naturaleza y saludar la venida del astro rey con cantos, murmullos y perfumes; pero mucho más bella es la luz violada del crepúsculo; mucho más bella es la semi-oscuridad que va envolviendo por grados el universo, y trueca los cantos y murmullos en plañideras quejas. El alba destierra de todas partes la sombra, y no hay soto, no hay bosquecillo que no se vea invadido por los reflejos de su luz brillante y esplendorosa; el sol poniente manda á la tierra sus rayos oblicuos, y

si dora la cima de los árboles, deja en la oscuridad el espeso follaje, que va tomando un color verde oscuro, y forma esos admirables contrastes que cautivan el espíritu y le dejan sumido en una contemplación deliciosa.

El espíritu humano ama lo vago, lo misterioso, lo desconocido, y la mayor belleza de un paisaje consiste en esos mil recodos, ocultos por un picacho saliente ó por un grupo de árboles desquebrajados, en esas mil quebradas en cuyo fondo crece la yerba, y que rodean como una cinta negra los cuadros iluminados. El hombre ama lo misterioso, lo indefinible, porque aspira á lo infinito, al mas allá que presiente, y desdeña lo que puede abarcar con sus miradas.

Pero si está lleno de encantos en todas partes el crepúsculo de la tarde, nunca tiende un velo más misterioso y sublime que cuando cobija el cerro de Poyales, que descuella en el terreno conocido con el nombre del Abadengo, situado entre la provincia de Salamanca y la de Ciudad-Rodrigo.

Á su falda se eleva la villa de Redonda, en cuyo rededor se agrupan las de Lumbrales, Hinojosa, San Felices, Fregeneda y Sobradillo.

Todas estas villas se hallan situadas en una



rinconada que describen los rios Agueda por el S. y Huebra por el N., al desembocar uno y otro en el Duero, que forma la division con Portugal por el O.

Nada hay tan hermoso como el panorama que presentan todos estos pueblos, vistos desde la vertiente opuesta, especialmente en el mes de Marzo, cuando están floridos los almendros, que crecen allí con abundancia.

Este terreno forma casi una península, circundada por los tres rios, y parece un oasis delicioso flotando sobre las aguas: siendo quebrado y lleno de accidentes, presentan un raro contraste los altos picachos cubiertos de árboles seculares, y la vegetacion riente y florida de los angostos valles. Y por todas partes pintorescos pueblecillos, blancas casitas que parecen asomarse ruborosas entre el follaje, cristalinos arroyuelos y fuentes murmuradoras. Á una vertiente cubierta de viñedos, se opone otra vertiente árida y agostada, por la cual se despeñan espumosas cataratas, que caen muiendo de roca en roca, y van á ocultarse en los hondos precipicios.

Aislado casi del resto de la tierra, parece que en aquel delicioso oasis deberian haberse refugiado la virtud, la paz y la justicia. Y no obstante no es así: donde crece la tosca ruda, allí se percibe su olor acre y nauseabundo: donde habitan hombres, allí se descubre el rastro de los vicios.

Á la mitad del cerro de Poyales se ven unas ruinas ennegrecidas, de las cuales solo se ha salvado una ermita dedicada á san Leonardo.

Entramos en la ermita, en la cual aun se divisan las huellas de un voraz incendio.

El ermitaño era un octogenario, cuyo rostro estaba iluminado por la fe, como el de los apóstoles y los mártires. Al salir del santuario, le preguntamos la causa de aquella devastacion que contrastaba tan elocuentemente con la fértil y risueña naturaleza.

—La historia es algo larga, dijo el anciano; sentaos sobre ese murallon cubierto de musgo, y descansareis de la fatiga de vuestro viaje.

La luna brillaba en el cielo, el aire era perfumado, el paisaje delicioso: nos sentamos, y el viejo empezó su historia de este modo:

—¿No habeis oido decir que basta á derrumbar los altos cedros del Líbano un pequeño gusano oculto en sus raíces? Hay crímenes tan espantosos como el robo y el asesinato; pero como están en la naturaleza de todos, como no nos enseñan desde la infancia á aborrecerlos, como solemos cometerlos por juego y pasatiempo, no luchamos con ellos ni les damos importancia.

El ópio es una bebida agradable y que produce sueños deliciosos, y sin embargo el ópio mata.

De todas las furias abortadas del infierno, ningunas parecen más inofensivas que la curiosidad y la maledicencia, y no obstante ninguna siembra su camino de tantos desastres, lágrimas y sangre.

¿Qué origen tienen esos espantosos dramas sociales que separan para siempre al padre de los hijos, al esposo de la esposa, al hermano de su hermano?... ¿Qué es lo que arranca su patrimonio al huérfano, su virginal aureola á la joven desposada, y que hasta marchita los laureles que crecen sobre la tumba do busca un asilo el génio?

Una palabra pronunciada por unos lábios que sonrien, y sonriendo llevan la muerte y la desolacion á mil felices corazones.

¡Y no es solo la felicidad individual la que atacan esas horribles fúrias, no! Como cubren su deformidad con trajes de crugiente seda; como ciñen su frente de flores y la máscara que oculta su rostro es insinuante y halagadora, giran en todas las órbitas, penetran en todos los círculos sociales, y como nadie desconfia de ellas, preparan á veces las grandes catástrofes de las naciones y determinan la caída de los imperios...

Ved, estas ruinas formaban un pueblo rico y floreciente hace muy pocos años.... ¿Dónde están sus casas de piedra sillar, sus felices habitantes, los numerosos rebaños que pastaban en estas laderas? ¿Qué se han hecho su industria, su comercio? ¡Ahora sólo se ven ruinas silenciosas, entre las cuales se balancea el horrible esqueleto de la muerte!

¿Y qué es lo que ha producido tan rápido y espantoso cataclismo? Una palabra ociosa, pronunciada por una boca casi infantil que sonreía. Escuchadme.

¿Veis esa torrecilla medio inclinada hácia el suelo? Pues formaba parte de una casa solar, la principal del pueblo. Se llamaba de Alvarado.

Tres soles individuos habian quedado de la noble familia que la poseia: un anciano ciego y dos hijos suyos, un gallardo jóven y una tierna niña.

Era en tiempo en que una nacion ambiciosa quiso ahogar nuestra independendencia, y aherrar nuestras plantas con cadenas.

Pero el pueblo español no ha nacido para ser esclavo, el pueblo español se levantó como un solo hombre, y empezó la guerra santa.

Los franceses, á su fingido paso para Portugal, habian dejado guarnecidas las crestas de estos montes con fuertes destacamentos de tropa. Es-



tábamos tan oprimidos, que una palabra, un ademán, una sospecha, podía hacer segar nuestras gargantas.

Alvarado era un anciano severo, amante de su rey y de su patria. Á los primeros rugidos del león de las Españas se enardeció su sangre, y fué también el primero en gritar venganza. Su hijo Bernardo corrió á alistarse entre los voluntarios que intentaban sacudir el yugo en la provincia de Salamanca; Eduardo, el futuro esposo de Bruna, solo consiguió casarse con ella, partiéndose en el mismo instante á levantar una guerrilla en la de Ciudad-Rodrigo. Bruna permaneció con su padre, llena de zozobra por la vida de aquellos amados seres, y viviendo en el más completo retraimiento.

Pasó el tiempo con su rapidez acostumbrada. Una noche, una navecilla atravesó el Duero, y una sombra se deslizó recelosamente entre el follaje. La casa de Alvarado estaba construida sobre la misma orilla del río.

Á ella, pues, debió dirigirse la sombra.

La curiosidad es un argos, que en vez de cien, tiene mil ojos siempre abiertos.

El día siguiente fué un gran día para las mujeres de San Leonardo.

Reuniéronse todas, celebraron consejo, y nombraron á una comisionada, para inquirir con todos sus detalles el suceso de la víspera.

Esta era una bella joven de veintiocho años, que tenía marido, dos hijos, muchos criados y numerosos rebaños, y que no cuidándose de nada de esto, no sabía en qué pensar.

Pasó toda la noche agazapada entre los cañaverales de la orilla, y no divisó ninguna sombra.

Pero al día siguiente se observó que las matas de yerba estaban aplastadas desde la margen del río hasta la parte posterior de la casa.

Era evidente que, ó la vigilante se había dormido, ó había equivocado la hora.

Volvió á reunirse el consejo, volvieron á renovarse las deliberaciones, y se nombró á otra comisionada.

Esta era una mujer de sesenta años, y la experiencia la hizo más cauta.

Supo que el viejo criado de Bruna había comprado mayor cantidad de provisiones que la acostumbrada, y que un buhonero de Castilla, como llaman los naturales, á los que habitan más allá del Istmo que los une con la tierra, había sido comisionado para llevar á la joven todo el hatillo de un recién nacido.

—¡Escándalo! ¡infamia! vociferaron las comadres al reunirse.

Pasáronse quince días en infructuosas indagaciones; pero en estos quince días se averiguó

que Bruna no había salido de casa ni aun para ir á misa.

—¡Como esa impertinente no tiene más que dos viejos criados, ciegos, mudos y sordos, es imposible averiguar el misterio! exclamó una matrona indignada, mientras hundía dos bizcochos en su pocillo de chocolate.

Porque la respetable asamblea, para resarcirse de sus trabajos, solía amenizarlos con una sabrosa merienda.

—Dejad, yo tengo mi idea, dijo una jovencilla de veinte años, blanca y rubia, que parecía formada por el amor y la inocencia.

Y efectivamente tenía un diabólico plan.

Aquella noche una deshecha tempestad descargó con furia sobre el valle: el trueno inflamaba la atmósfera, la lluvia caía á torrentes.

Una anciana mendiga llamó á la puerta de la casa de Bruna.

Esta se hallaba en su salón entapizado de verde, cuando entró Ursula la criada, que la servía casi de madre.

—Es una pobre vieja enferma, dijo, que pide pasar aquí la noche.

—Que entre, exclamó la joven.

Y al verla calada de agua, ella misma sustituyó el andrajoso vestido de la mendiga con uno de sus mejores vestidos; y cuando sirvieron la cena la sentó á su lado en la mesa y la sirvió el primer plato.

Luego la llevó á una estancia apartada, y la hizo acostar en un mullido lecho.

Pero la mendiga no durmió.

Cuando al día siguiente se presentó á Andrea, que así se llamaba la jovencilla instigadora, apretando entre sus descarnadas manos la moneda de plata que la había dado Bruna, pudo revelarla mil pequeños indicios. En la mesa habían hecho plato para una persona invisible. Á las doce había oído ladrar los perros y rechinar la puerta del patio. Por la mañana al retirarse había hallado á Bruna hablando con su padre, y había oído decir á este con acritud: «¡Es francés!» «Pero es cristiano,» había respondido Bruna con dulzura. ¿Qué nombre le habeis puesto? preguntó el ciego tras un breve silencio. Su hija iba á abrir los labios, cuando descubrió á la mendiga, y se detuvo confusa y avergonzada.

Andrea tenía una imaginación ardiente, y en un momento se forjó toda una novela.

Porque esto es lo que hay de más infame, esto es lo que hay de más horrible en la curiosidad maldiciente. Es que levanta un grandioso edificio sobre espuma; es que aunque el edificio se derrumbe, cada una de sus piedras es guardada



religiosamente por aquellos que se complacían en ver como se elevaba. Es que planteamos una teoría sobre frívolas deducciones, sobre falsas apariencias, las cuales, aunque fuesen ciertas, siempre podían atenuarlas las causas que las motivan. Cuando murmuramos con esa ligereza, con esa acritud propia de la pequeñez de nuestro espíritu, no pensamos que si nos hallásemos en la situación del calumniado acaso obraríamos del mismo modo. ¡Oh, Dios mío, Jesucristo no quiso condenar á la mujer impura, convicta de sus excesos, y nosotros nos consideramos con derecho á tirar, sin exámen ni reflexion alguna, la primera piedra á nuestros hermanos, que son frágiles y débiles á nuestra propia semejanza!

¡Y es la mujer, es el alma privilegiada, en la que Dios depositó todo su tesoro de bondad, de amor y compasión, la que así se complace en destruir el reposo ajeno, la que cediendo á las sugerencias de una vanidad insolente y pueril, que es el verdadero móvil de su afán, se degrada hasta ese punto, y se envilece!

Pero dejemos las reflexiones. Andrea se forjó una novela con todas las apariencias de la verdad.

Se trataba de un bautizo, y en el pueblo no habia habido ninguno; se trataba de un francés, luego el esposo de Bruna no era el padre de su hijo, ni rodearía ella de misterio al legítimo fruto de su matrimonio.

Cuando la joven dió cuenta al consejo femenino de estos interesantes detalles, una matrona recordó indignada que Bruna, algunos meses antes de su casamiento, habia ido á Francia para asistir á los últimos de una hermana de su madre, y otra dijo que uno de los oficiales franceses que guardaban las alturas habia pedido con mucha insistencia el alojamiento para la casa de Alvarado, en donde efectivamente habia permanecido algunos días.

Aquellas severas y virtuosas matronas no podían tolerar este escándalo sin mengua de su propia dignidad, y era preciso adoptar graves medidas. Era preciso desagraviar á la moral y á la vindicta pública, tan horriblemente ofendidas.

Por lo tanto expidieron un propio anónimo á Eduardo, y redoblaron su vigilancia.

Aquella noche Andrea estuvo de centinela junto á la casa de Alvarado; pero en lugar de ver al oficial vió á la misma Bruna salir por la puerta del patio y entrar en una barquichuela, la cual, guiada por ella misma, se deslizó rápidamente sobre la tranquila superficie.

—Es ella la que acude á la cita, pensó An-

drea; es preciso obligarle á él que venga para cerciorarnos.

Á la noche siguiente, cuando Bruna quiso dirigirse al otro lado del río, halló rota la amarra de su barquilla.

Á la inmediata, cuando despues de cenar se retiró á su aposento, se presentó el jardinero, que no habitaba en la casa, á suplicarla que le repitiese sus órdenes para el siguiente día, pretestando haberlas olvidado.

Á las doce, cuando Bruna quiso salir, halló que por la parte de afuera habian corrido el cerrojo y que estaba encerrada.

—¡Torpe! exclamó llena de cólera.

Pero á la cólera sucedió la desesperacion, al convencerse que seria imposible abandonar el aposento. Llamó, pero no fué oída; la casa era grande, y Bruna, enérgica y valerosa, jamás importunaba á sus criados.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó la infeliz retorciéndose las manos con desesperacion, ¿qué haré? ¿Qué va á ser de la pobre madre! ¿Qué va á ser de nosotros todos! ¡Si pudiera deslizarme por la ventana!...

Se asomó. Nunca le habia parecido que estaba á una altura tan prodigiosa. Debajo de la ventana se deslizaban murmurando las tranquilas aguas del río, y era arrostrar una muerte cierta.

Bruna daba vueltas por el aposento como una loca, implorando á Dios.

Era cerca del amanecer.

—¡Si pudiese hacer una cuerda con mis sábanas! pensó fuera de sí. ¡Dos días sin verlos! ¿qué será de ellos, Dios mío?... ¡Y si él llegase á venir... si le viesen, todo estaria perdido!

Ejecutó su plan, ató las sábanas á la ventana y se deslizó por ellas. Pero cuando estuvo á la mitad de su peligrosa descension, vió que un hombre se acercaba á nado, mientras otro le aguardaba de pié en la orilla.

Cuando el primero salió del agua, sonaron dos detonaciones, y ambos cayeran al suelo bañados en su propia sangre.

Bruna dió un grito, un velo cubrió sus ojos, sintió que sus dedos crispados abandonaban la cuerda, y cayó al río, cuyas apacibles ondas se abrieron para recibirla.

¡Dichosa ella que no pudo ver la escena que se siguió á esta!

Aquellos dos hombres eran su esposo y su hermano. Apenas se conocían, la oscuridad era completa. Eduardo creyó matar á un rival; Bernardo se defendió de su enemigo. Este último era ya cadáver; al otro le quedaban muy pocas horas de su vida.



Los soldados franceses acudieron en tropel atraídos por el ruido de las detonaciones.

Voy á daros rápidamente la clave de este enigma, de mí sólo conocida.

Bernardo, como he dicho, habia respondido valerosamente al primer grito de angustia de su patria. Habia partido llevándose consigo la bendición de su padre, habia peleado en cien combates, habia ganado cien victorias.

Un dia, la hija de un general francés, muerto en el campo de batalla, cayó en poder de sus soldados; la amó, se casó con ella, pero ¡ay! que su padre le maldijo al saber que su esposa era francesa!

Voló el tiempo.... la infeliz estaba en cinta....

Bernardo, aunque á riesgo de su vida, concibió un generoso plan: libertar á su país del yugo extranjero y poner á su esposa bajo la salvaguardia de su familia, creyendo que su angelical belleza haria olvidar la sangre que corria por sus venas. Dirigiéronse ambos disfrazados á estos sitios, introdujéronse en la casa paterna; pero Alvarado, en su implacable cólera, los arrojó de su presencia.

Si Bernardo era descubierto estaba perdido. Refugióse con su mujer en una cueva oculta en el monte y allí la infeliz dió prematuramente á luz un niño. Bruna y yo fuimos los ángeles de consuelo de aquellos desdichados....

Entre tanto, Bernardo recorría disfrazado el país llamando á los paisanos á las armas. Hizo llegar un secreto aviso á Eduardo, su cuñado, que al frente de sus guerrilleros acababa de sacudir el yugo francés en la provincia de Ciudad-Rodrigo. Cuando la campana de San Leonard tocó á rebato, Eduardo con los suyos debia penetrar en la pequeña península, y á la misma hora todos los habitantes de estos pueblos circunvecinos tomarian las armas y se arrojarían sobre los opresores desprevénidos.

Todo estaba ya dispuesto, faltaba solo la señal.

Pero el comandante francés abrigaba algunos recelos, debidos á los comentarios femeniles: Bernardo creyó prudente aplazar la ejecucion de su plan por algunos dias, y permanecer en la gruta para disipar sus sospechas. Bruna iria á verle todas las noches y seria la encargada, cuando él lo creyese oportuno, de dar la señal convenida.

Pero la curiosidad mujeril lo habia dispuesto de otro modo.

Bernardo era cadáver, Eduardo estaba agonizando. Los franceses los recogieron y los registraron. Halláronlos encima papeles que revelaban todo el plan.

El comandante francés hizo aperebir su tro-

pa, guareció los desfiladeros por donde debian pasar los españoles, y mandó tocar á rebato.

Lo que sucederia entonces podeis presumirlo.

El segundo de Eduardo se dejó engañar por la fingida señal; sus soldados sorprendidos, deshechos, perecieron casi todos, y sus huesos todavía blanquean sobre esos desfiladeros de enfrente.

Pero no bastó este desastre á saciar la cólera del enemigo. Al dia siguiente el valle era una inmensa hoguera. Todas las casas de los ricos ardian, y cien cadáveres se balanceaban allá abajo, en esas llanuras enrojecidas por el resplandor de las llamas....

Y al incendio se juntó el saqueo, y los enemigos, como tigres hambrientos, ni aun respetaron los altares, ni aun respetaron los vasos sagrados de mi pobre iglesia....

¿Qué más quereis que os diga?

Eduardo y el ciego inflexible perecieron.... Cuando yo pude volar á la gruta, hallé á la infeliz viuda de Bernardo con su niño difunto entre los brazos.... ¡Habia muerto de hambre!

¿Veis aquella viejecilla que está sentada debajo de un árbol en el camino real? Pues es Andrea que pide una limosna....

La maledicencia es á veces una espada de dos filos, que hiere al mismo que la empuña.

Calló el anciano y se cubrió el rostro con las manos. Durante largo tiempo nadie se atrevió á interrumpir el silencio.

¿Cuando volvimos á proseguir nuestro camino, rogamos ardientemente á Dios que aquel recuerdo no se borrara jamás de nuestras almas!

Angela Grassi.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

—Oh! tiene V. razon: qué rayo de luz! eso debe ser, eso debe ser; entonces.... entonces V. es la hermana que busca el señor Armando.

—Armando, el que va á batirse con Rafael, seria mihermano! oh! esto es terrible, esto es sentir el corazon herido por dos golpes á la vez.

—Pues bien, es preciso evitarlo; dijo Andrea con calor.

—De qué modo?

—Yo no lo sé; pero es preciso.

—Y qué podemos hacer nosotras contra la cólera y el enojo de dos hombres que se aborrecen?

—Que qué podemos hacer? extraña pregunta en quien ama, señorita! ¡extraña pregunta en



quien vé como V. el peligro de dos seres que deben serle igualmente queridos!

—Oh! si fuese ese jóven mi hermano!

—¿Y será posible que yo, una pobre niña que nada puede ganar y que lo puede perder todo en este empeño, tenga mayor afán que V. que juega en él su dicha entera? será posible que yo esté resuelta á todo, y que V. me pregunte que vamos á hacer?

—Y qué es lo que temes tú?

—Señorita, los pobres solo tenemos un tesoro, un bien: nuestro buen nombre; piensa V., acaso, que nada nos cuesta el perderlo? piensa V., acaso, que no me desgarrará el alma oír que me llaman la hija de un asesino?

—Luego piensas revelar todo lo que sabes?

—No existe otro medio.

—Acusar á esos dos ancianos?

—Sí.

—Oh, Dios mío! aunque haya sido un criminal he vivido tantos años acompañando á este infeliz enfermo, á quien Dios sin duda ha castigado bastante con sus remordimientos, que temo, que dudo lo que debo hacer.

—Oh, señorita! qué alma tan noble la de V.! Pues bien, iremos las dos al sitio del desafío: V. le rogará al señorito Rafael que renuncie á él en nombre de su amor; yo le suplicaré al señor Armando que olvide sus rencores, en nombre de la mujer que le ama.

—De Adriana?

—Sí: y si no ceden á nuestro ruego, si las lágrimas nada pueden, entonces....

—Sí: entonces todo lo confesaremos, y yo sabré si Armando es mi hermano.

Cárlos habia ido á buscar á su amigo, segun habian convenido.

Rafael habia pasado la noche presa de una viva agitacion.

El jóven era valiente; jamás se le habia visto temblar ni retroceder ante el peligro; pero aquel duelo á muerte, tan inesperado, tan sin causa, con un desconocido á quien no odiaba ni le habia inferido ofensa grave alguna, le preocupaba y le hacia estremecer.

Por otro lado su madre, su madre á quien adoraba y de quien era amado con tal delirio; su padre, aquel noble anciano cuya honrada existencia habia Dios coronado, concediéndole una vejez dichosa, ¿qué seria de ellos? ¿cómo soportarian la idea de llorarle muerto, ó de verle acusado de homicida?

En vano les habia escrito una larga carta, implorando su perdon y su indulgencia.

Los renglones que trazara, lejos de calmarle, habian escitado mas su dolor.

No se habia sentido con fuerza para soportar la vista de su familia, creyendo que su preocupacion le haria traicion acaso, y habia permanecido en su cuarto esperando á Cárlos toda la mañana.

Cuando le vió aparecer, su rostro palideció ligeramente; pero tuvo valor para fingir una sonrisa y aparentar serenidad.

—Te hallas dispuesto? le preguntó Cárlos con voz breve.

—Te estaba esperando hace una hora.

—Has terminado todos tus preparativos?

—Sí; he escrito á mis padres una carta que tú les entregarás.

—Y qué pretexto daremos para salir?

—No salimos todos los dias sin llamar la atencion de nadie?

—Tienes razon; pero parece que la conciencia me acusa, y que temo que conozcan....

—Nadie ha tenido la culpa de esto, ha sido efecto de la fatalidad y nada mas.

—Vamos, pues.

—Vamos.

Los dos jóvenes se dirigieron á la puerta de la estancia, y bajaron las escaleras, temiendo á cada paso encontrar á algun individuo de la familia de Rafael.

Sin embargo, fuese por casualidad, fuese por cualquier otro motivo, á nadie hallaron á su paso.

Salieron al campo, y con paso precipitado se encaminaron á la Cruz del Valle, lugar designado para su encuentro con Armando.

—No vayas tan de prisa, dijo Cárlos á su amigo.

—Es que no quiero que lleguemos tarde: no quiero que hagamos esperar á ese hombre.

—Sí; pero esta precipitacion podrá hacer que tu mano esté insegura en el momento de....

—Sea lo que Dios quiera, exclamó Rafael siguiendo adelante.

Casi al mismo tiempo que aquellos dos jóvenes habian salido de la quinta de Avendaño, Armando solo, abatido y desanimado se dejaba caer al pié de la Cruz, que guardaba el sueño eterno de su pobre padre.

El amante de Adriana habia escogido aquel sitio, esperando que la memoria del autor de sus dias le diese valor y sostuviese su brazo.

Pero ¡ay! que su adversario era el hermano de la mujer á quien tanto amaba, y esto le hacia desfallecer.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## A LOS INDIVIDUOS

DE LA

## REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS. (1)

Movió su labio Dios, y ante su acento  
se alzó la creacion de vida llena:  
la tibia brisa murmuró serena,  
gimió en la selva adormecido el viento,  
y humilde el ancho mar, besó la arena.

Y sus movibles olas, circuidas  
de su ondulante pabellon de bruma,  
reflejaron, de orgullo estremecidas,  
en ramas de corales, suspendidas  
cándidas flores de nevada espuma.

La tierra virgen, de su virgen seno  
sintió brotar la hirviente catarata,  
y el rio azul se deslizó sereno  
cercando el valle, que tornára ameno,  
con anchas franjas de bruñida plata.

Del verde prado en la extendida falda  
brotaron bellas, perfumadas flores  
formándole en redor fresca guirnalda,  
y trocándole en manto de esmeralda  
bordado con estrellas de colores.

Y en la infinita inmensidad perdida  
apareció la luna en los espacios,  
cual lámpara en el éter suspendida,  
y entre velos azules, sostenida  
por mil y por mil lazos de topacios.

Mas ¡ay! que tanta y tan sin par grandeza  
quedára envuelta en lánguido desmayo,  
si lleno de esplendor, vida y riqueza  
no le diera calor, luz y belleza  
del rojo sol el encendido rayo.

Sol es la ciencia y luz: con su influencia  
gigante el hombre la extension divide;  
que en alas de su inmensa inteligencia  
se eleva sobre el mundo, y con la ciencia  
domina el tiempo y los espacios mide.

Y acorta las distancias, y los mares  
surca veloz y audaz; salva el abismo,  
y contando los astros á millares,  
los extendidos círculos polares  
sujeta ante la ley de su guarismo.

Y desgarrando el velo del misterio  
en lucha inmensa con su genio á solas,  
de la idea no más con el imperio,  
otro mundo, otra luz, otro hemisferio  
sabe buscar tras las revueltas olas.

Y al mármol presta vida, ser, memoria,  
y ecos al bronce en repetidos sonos,  
al lienzo animacion, lengua á la historia,  
al pasado existencia, á las naciones  
voz de otra edad para cantar su gloria.

Sol es la ciencia! su esplendor fecundo  
trueca la noche en luminoso dia,  
en valle ameno el erial profundo,  
y ella aun salvára de su ruina al mundo  
con el trabajo y con la Fé por guia!

El trabajo y la Fé, palabra santa,  
emblema de esperanza y de consuelo!  
ay! ella al hombre hasta su Dios levanta,  
pues si entre abrojos mil sienta su planta,  
su espíritu inmortal eleva al cielo.

Oh! pronunciadla aquí; su eco divino  
haced que llegue á resonar doquiera;  
á la Fé y á la ciencia abrid camino,  
y podrán bendecir vuestro destino  
Dios y á la par la humanidad entera.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—Oh! sí, mucho en verdad.

—Habla.

—Hasta hoy no he pensado sino en amar á V.,  
en bendecirle, y en darle el dulce nombre de pa-  
dre que me dictaba mi corazon.

—Y bien.... ahora....

—Ahora quiero que me diga V. quién es mi  
verdadero padre, á quién le debo la vida, y á  
quién tengo el deber de amar y de obedecer des-  
pues de V., padre mio.

La frente de D. Martin se contrajo ligeramen-  
te; en sus ojos brilló una mirada sombría, y mur-  
muró mirando á Elena:

—Y por qué me haces esa pregunta?

—Porque á mi vez yo la he escuchado, y no  
he sabido qué responder.

—Tú! y quién se ha atrevido....?

—Tranquílcese V.: ayer Fanny....

—Ha sido ella? cree por ventura....?

(1) Leída en la sesion publica celebrada por esta Sociedad en 28 de Noyem-  
bre de 1876.



—Oh! no; pero hablamos de nuestro pasado, de nuestras madres.... ella es huérfana tambien: me contó cuánto la ama su padre; me preguntó el nombre del mio, y yo.... yo no supe que contestar, y callé avergonzada hasta que V. disipe mis dudas.

El anciano guardó silencio por algunos momentos, y luego respondió:

—Nada, hija mia, hay en tu origen que deba avergonzarte: tu madre fué muy desgraciada; pero si cometió alguna culpa, no fué de esas que caen sobre la frente de los hijos como una marca eterna: en cuanto á tu padre....

D. Martin se detuvo, parecia que las palabras que iba á pronunciar quemaban sus lábios.

—En cuanto á tú padre, continuó, pertenecia á una familia digna y honrrada.

—Pero su nombre....?

—Se llamaba Héctor Harry....

—De Montalvan? continuó Elena con anhelo.

—Sí, tienes razon.

—Y no recuerda V., no sabe V. si estuvo alguna vez en Inglaterra, si volvió allí por acaso?

—Nó, hija mia, nada sé.

—Dios mio!

—Es más aún, ignoro si vive, ignoro si el sabe que existes tú, pero si algun dia....

—Continúe V.

—Si algun dia se cruzase en mi camino....

—Padre mio!

—No hablemos de esto. Soy por desgracia muy débil, muy anciano, y ya no le podia pedir cuenta de la desgracia de tu madre.

Elena se estremeció al ver la expresion de cólera y enojo que se pintaba en las facciones de D. Martin y comprendió que su odio no se podria nunca extinguir.

—No hablemos de eso, volvió á repetir el anciano: no hablemos de eso, me hace daño. Ya sabes que jamás he querido recordar el pasado, que te he prohibido hasta usar el apellido de ese hombre cuya memoria me exaspera, y has hecho mal en preguntarme hoy....

—Perdone V. yo no creí....

—Sea esta la última vez que hacemos referencia á sucesos que no quiero atraer al pensamiento, y si alguna vez, oyeme bien, si alguna vez encuentras en la senda de tu vida al esposo de mi pobre Consuelo, al miserable Héctor Harry de Montalvan....

—Padre mio!

—Apartate de su lado si quieres seguir al mio, apartate de su lado y no pronuncies ante mí su nombre, por que te mezclaria á tí en el enojo que me inspira él.

Elena bajó la cabeza turbada y estremecida sin saber qué contestar.

Su abuelo la afligió notablemente con aquellas severas palabras.

Ahora ya no podia contar con su apoyo para resistir la lucha que previa cercana.

Se hallaba sola y niña, y con el corazon desgarrado.

—Vamos, dijo D. Martin cambiando de tono y queriendo disipar la nube que cubria su purisima frente; vamos, te he afligido sin querer: he sido quizá severo y cruel al hablarte así; pero he sufrido tanto!

Elena le miró con cariño; comprendió todo el amor y la ternura que para ella encerraba el alma de aquel anciano, y murmuró á su vez para borrar la impresion pasada:

—No pensemos mas en esto, y dígame V. cómo se halla hoy, si se siente firme y capaz de salir de casa.

—Eso no será posible aun en muchos dias; los años, hija mia, son buenos compañeros de la enfermedad; lo que una empieza la una lo terminan los otros, y la muerte viene á recojer el fruto de las dos.

—No hable V. así: esto me aflige, padre mio.

—Tienes razon; ¡qué seria de tí si yo te faltase! te quedarias, sola, abandonada, á no ser que....

D. Martin se detuvo indeciso, y miró á Elena con tierna solicitud.

—Vamos, dijo, ya que has venido á hablarme de cosas formales, nos ocuparemos de tí.

—De mí! exclamó la niña cuyas mejillas enrojecieron, porque comprendió á dónde iba el anciano á parar.

—Sí, de tí, de tu porvenir, hija mia; ya sabes que voy siendo demasiado viejo, que como te decia hace poco, la muerte es compañera de la vejez, y antes de morir, quisiera, Elena mia, dejar tu suerte asegurada.

—No piense V....

—Es forzoso, y no es ahora solo cuando me he ocupado de esto; hace mucho tiempo, mucho, que tengo un proyecto con respecto á tí.

La niña guardó silencio.

—Con respecto á tí y á Carlos, que me es muy querido tambien, añadió D. Martin dulcemente.

—Oh! ya sé que nos ama V. á los dos; contestó Elena sin saber dar otro giro á la conversacion.

(Continuando).

Enriqueta Lezano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 2 y 25.